

TRIBUNA

José Prenda

Catedrático de la E. U. de Zoología de la Universidad de Huelva



Una solución de verdad sostenible al problema de la sostenibilidad del planeta implica necesariamente la reducción del tamaño de la población y de la tasa de consumo por persona

Medio ambiente y población

ADA vez más los temas ambientales se están convirtiendo en referente importante en nuestras vidas. Los medios se encargan de ponerlo de manifiesto de forma continuada. Pero, en marcado contraste con otros asuntos de igual calado social, estos problemas verdes aún concitan respuestas más o menos divergentes entre la opinión pública. Es decir, la situación ambiental del planeta a muchos no les parece grave. Mientras que otros sí barrruntan la catástrofe. Pregunten, si no, al ex vicepresidente de los EEUU, Al Gore.

Con independencia de esta falta de consenso, consecuencia de la ceguera transitoria de algunos, la transformación del planeta por el hombre es absolutamente innegable, sólo tenemos que mirar por la ventanilla del avión. Vivimos en un planeta domesticado por *Homo sapiens*. Y esto está empezando a tener consecuencias graves para el futuro de la humanidad, traducidas en el denominado cambio global. La dirección precisa de éste no está bien definida y se proponen distintos escenarios, a veces contradictorios, pero lo que está meridianamente claro es que nuestra actividad está empezando a modificar sustancialmente el funcionamiento de los grandes sistemas de la Tierra: de la atmósfera, de los océanos y de porciones sobresalientes de la biosfera.

Conforme se ha ido incrementando la certidumbre del avance de este proceso, a la par que se van acumulando evidencias científicas irrefutables, se empiezan a tomar medidas —las más de las veces tenues— encaminadas a mejorar su pronóstico, idealmente a corregir su rumbo. Y ello se refleja en el discurso de la clase política y en las partidas presupuestarias reservadas al medio ambiente. Se alcanzan grandes acuerdos (?), como el de Kyoto, y la sostenibilidad está presente en cualquier actuación pública por modesta que sea: para ser modernos hay que ser sobre todo “sostenibles”. En estos días se destruyen marismas sosteniblemente,



se urbanizan espacios naturales de gran valor ecológico, porque así se garantiza su sostenibilidad, o se siembran algunos miles de aerogeneradores a la par que se instalan nuevas centrales energéticas y se mantienen las nucleares, para alcanzar un desarrollo energético verdaderamente sostenible.

¿Producen las políticas ambientales resultados tangibles? ¿Existen indicadores fiables que demuestren que se están consiguiendo objetivos en materia de medio ambiente? ¿Está revirtiendo algún proceso de deterioro ecológico impulsado por la actividad humana? ¿Se extinguen menos especies? ¿Se estabiliza la emisión de gases de efecto invernadero? ¿Disminuye la superficie transformada de bosque tropical? Lamentablemente, parece que esto no es así, sino todo lo contrario. Es probable que haya dos motivos principales, vinculados uno con otro, que justifican esta negativa: que no sea suficiente el esfuerzo que se hace —quizás sea totalmente insuficiente, aunque trascienda lo contrario y aquí parezca que nos lo gastamos todo en lince— y, lo que es más grave, que no podamos hacer más por razones de tipo biológico. Miguel Delibes se preguntaba en una conferencia por qué los médicos

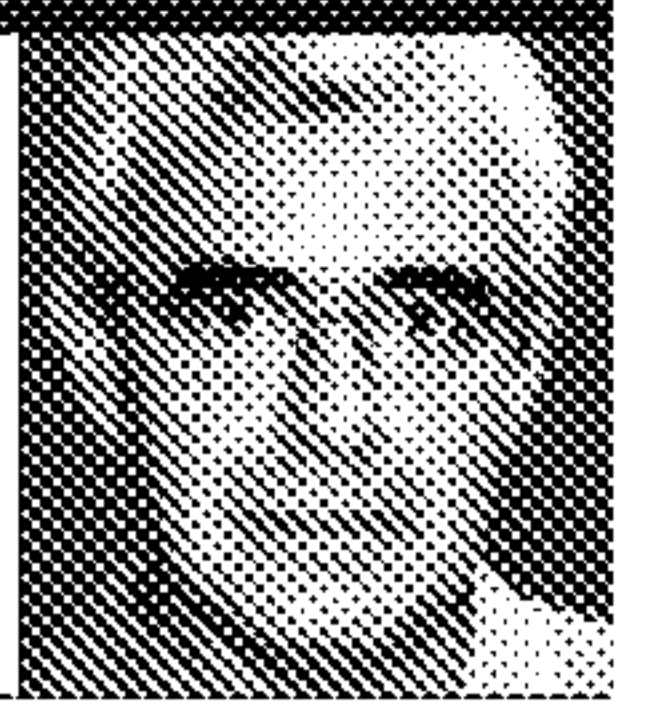
curan y los biólogos, por contra, no acabamos de arbitrar mecanismos eficaces para conservar la naturaleza. La respuesta quizás esté en que la acción de la medicina incrementa las probabilidades de supervivencia de los individuos y lo segundo —a corto plazo—, a lo mejor no.

Es decir, puede que estemos diseñados para hacer acopio de recursos, cuantos más mejor, porque en nuestra historia evolutiva quien así ha actuado ha dejado un mayor número de descendientes viables. Esto, por otro lado, es lo que ocurre a cualquier otra especie, con la diferencia de que nosotros, por ahora, nos estamos librando de las principales ataduras que limitan el tamaño de las poblaciones. La mayoría de los organismos crece en la medida en que los recursos disponibles se lo permiten, hasta que alcanzan un punto en que se produce un colapso poblacional, bien impuesto por falta de los requisitos básicos por él esquilados, bien derivado de fluctuaciones ambientales, por ejemplo climáticas, ajenas a la propia población.

En un medio de dimensiones finitas, una solución de verdad sostenible al problema humano del planeta implica necesariamente la reducción del tamaño de la población de *Homo sapiens* y/o la disminución de nuestra tasa de consumo per capita. Si la especie humana, como cualquier otra, está programada evolutivamente para crecer, para reproducirse con éxito y si este factor es dependiente del consumo de recursos, podría ser que la preocupación ambiental no fuese más que una actitud hipócrita generada por nuestra conciencia para disfrazar un futuro suicida. Pero al mismo tiempo tiene que ser la conciencia, como posible circunstancia biológica única no sometida a las leyes de la selección natural, quien ha de convertirse en el resorte último que solucione la crisis ambiental que amenaza nuestra supervivencia.

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón



El saqueo del futuro

UNA ciudad no puede ni debe ser lo que quieran sus vecinos. Una ciudad debe ser gobernada por quienes quieran sus vecinos, pero no ser lo que estos quieran. El ser de las ciudades viene dado por la inserción de su presente y sus proyectos de futuro en unos marcos físicos (el patrimonio histórico y cotidiano), imaginarios (las representaciones establecidas por las artes y la literatura) y simbólicos (las costumbres y tradiciones) que son las huellas del hacerse de la ciudad a través del tiempo: eso a lo que se llama historia. Estos marcos físicos, imaginarios y simbólicos no son del todo rígidos, porque las ciudades no son museos ni representaciones; pero tampoco pueden ser reventados por torpes actuaciones que, buscando un bien inmediato raras veces logrado, arrebatan a los ciudadanos otros bienes de mayor valor que tienen que ver con su pasado y su futuro.

Ni un gobierno municipal ni una generación tienen derecho a dilapidar lo hecho por muchas generaciones anteriores, arrebatándose a las futuras. Por eso no se puede confundir el gobierno de la ciudad, que depende de lo que quieren sus vecinos, de lo que una ciudad es tal como la historia la hecho. El valor

Ni un gobierno municipal ni una generación tienen derecho

a dilapidar lo hecho por muchas generaciones anteriores,

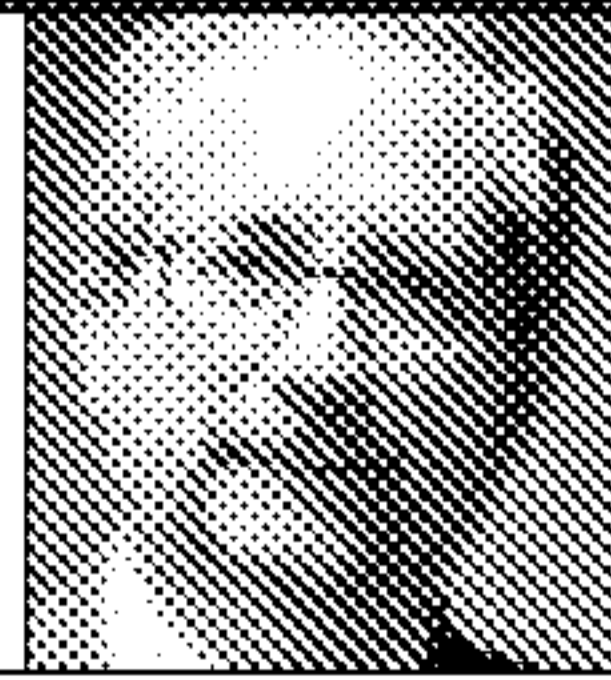
arrebatándose a las futuras

del patrimonio, como el del arte, no se vota. El futuro del pasado de una ciudad no puede planificarse según el momentáneo gusto de las mayorías, como si el patrimonio fuera establecido según la lógica de las listas de éxitos. Sólo desde la demagogia populista se puede exigir que lo que una ciudad sea, en un sentido histórico y artístico, dependa del gusto momentáneo de los ciudadanos.

Visto lo visto en los últimos años, nos espera en los cuatro próximos la apoteosis de esta demagogia representada por el pacto PSOE-IU. La suma de los votos de una supuesta Sevilla de progreso (supuesta porque sus actuaciones sobre la ciudad son de un rancio conservadurismo afectado por un cateto complejo de modernidad) da el gobierno de la ciudad a los señores, no sólo de las bolsas de dinero a los chabolistas, los escándalos de las facturas o la desaparición de cubiertas, sino sobre todo de la penalización de los barrios “burgueses” y el hundimiento en la marginalidad de los modestos, las catenarias y las setas de la Encarnación, la perversión de la peatonalización por su pésima ejecución o el desastre de la Alameda. Tendremos para muchos años, en algunos casos para siempre, la ciudad que quiere esta mayoría sumada de sevillanos, tan sin alma el centro como los barrios, destrozado lo viejo y avejentado lo nuevo, intactos los problemas de la vida cotidiana y profanado lo que quedaba del legado de la historia.

LA ESQUINA

José Aguilar



Pilar congela

EL gato escaldado del agua fría huye. El PSOE de Jerez, escarmentado de la militancia de aluvión que sigue a cada victoria electoral, ha decidido congelar las demandas de afiliación que se han disparado desde que su secretaria general, Pilar Sánchez, ganó las municipales por mayoría absoluta. “Tengo las cosas muy claras. No vamos a repetir ningún modelo clientelar”, ha dicho, aproximadamente, la alcaldesa revalidada.

Sabia decisión, la de Pilar Sánchez, dictada a medias por la prudencia y por la experiencia. Es prudente, en efecto, poner en cuarentena tanto afán militante sobrevenido tras las urnas triunfales y, por eso mismo, digno de sospecha o, al menos, de prevención. En cuanto a la experiencia, el PSOE en general, como el PP en su mejor etapa, la tiene para dar y tomar.

Sobre todo, la que siguió a las elecciones de 1982, las primeras que ganaba desde la guerra civil. El PSOE, que era un pequeño partido de cuadros, se llenó de pronto de afiliados que acudían en masa en socorro presto del vencedor. Muchos lo hicieron sinceramente convencidos de querer parti-

cipar en un proyecto de cambio liderado por el carismático Felipe González, y otros muchos, atraídos por las ventajas, privilegios, prebendas y sinecuras que el poder siempre derrama a su alrededor.

Cualquiera que se acerque al medio siglo de vida conoce de primera mano a alguien de su pueblo, barrio, entorno familiar o trabajo que sin haberse interesado jamás por la política —a la que con frecuencia despreciaban como fuente de problemas y quebrade-

ros de cabeza— se descubrió de pronto, tras súbita caída del caballo, como activista indomitable e insobornable socialista, imbuido de la fe del converso y el dogmatismo del sectario.

Digámoslo con claridad: fueron a colocarse. A escalar social y económicamente. A posicionarse ante una nueva situación a la que no habían contribuido ni poco ni mucho. Eran los mismos oportunistas de siempre, chaqueteros adscritos a un solo credo, el de su conveniencia. A veces no eran los mismos sólo en sentido metafórico y colectivo, sino literalmente: los mismos que habían tenido el carné de UCD y, si me apuran, acababan de romper el de la Falange. Está en la condición humana.

Fueron los que más daño produjeron al PSOE en los años posteriores de los escándalos de corrupción. Natural, porque iban a lo que iban. Para que no vuelvan, por lo menos al PSOE de Jerez, Pilar Sánchez ha abierto el congelador. Cautelosos como gata escaldada.

→ jaguilar@grupojoly.com